

**CONSAGRACION DE SI MISMO  
A JESUCRISTO, LA SABIDURIA ENCARNADA,  
POR MEDIO DE MARIA**

El acto de Consagración, por el cual nos entregamos del todo a nuestra Señora como esclavos de amor, es rico en sentido teológico y ascético. Un breve análisis nos hará apreciar mejor esa oración que cierra nuestro mes de ejercicios, como broche de oro, que abre una nueva etapa de nuestra vida espiritual, orientada ahora a la más alta perfección.

En el Acto de Consagración encontramos: una *Preparación*, el *Ofrecimiento* y una *Súplica final*.

En la **PREPARACIÓN**, nos dirigimos primero a Dios y después a la Santísima Virgen. Veamos esos preliminares, tan adecuadamente colocados por S. Luis María, en el umbral de nuestra consagración.

El Acto de inicia con una oración a la Divina Sabiduría. No olvidemos que para Montfort la verdadera devoción a nuestra Señora es uno de los medios para adquirir la verdadera Sabiduría, esto es, la posesión del Verbo Encarnado. Esta oración inicial es una profesión exactísima de lo que enseña la santa Iglesia acerca de Jesucristo en su vida eterna y temporal, en su unidad de Persona y doble naturaleza, y su filiación respectivamente del Padre eterno y de María Virgen:

*¡Oh Sabiduría eterna y encarnada,  
amabilísimo y adorable Jesús,  
verdadero Dios y verdadero hombre,  
Hijo único del Padre eterno,  
y de María siempre virgen!*

Viene ahora el cumplimiento de todos los deberes que nos obligan con relación a Dios. Son los cuatro fines del sacrificio: adoración, acción de gracias, reparación, súplica. Aquí los encontramos uno a uno.

**ADORACIÓN:**

*Te adoro profundamente  
en el seno y esplendores del Padre,  
durante la eternidad,  
y en el seno virginal de María,  
tu dignísima Madre,  
en el tiempo de la encarnación.*

Notemos de paso la exactitud teológica de la adoración total a Jesucristo, no solamente en su naturaleza divina, sino también en su naturaleza humana, toda vez que esa adoración se dirige a la Persona, que es una sola.

**ACCIÓN DE GRACIAS:**

*Te doy gracias  
por haberte anonadado,  
tomando forma de esclavo,  
para liberarme de la cruel esclavitud del  
demonio.  
Te alabo y glorifico  
por haberte sometido libremente y en todo  
a María, tu Madre santísima,  
para hacerme por Ella tu esclavo fiel.*

Todo es perfecto. Concisión y exactitud teológica y ascética. De esta manera, agradecemos a Dios sus mayores dones, totalmente gratuitos: la Encarnación, en su misteriosa y profunda realidad tal como la presenta san Pablo a los Filipenses: Dios como que se despoja de su condición divina para revestirse de condición servil, una vez que se manifestó así, “haciéndose semejante a los hombres”. El objetivo de la Encarnación es nuestra Redención, como esclavizados que estábamos al demonio, pues quien comete pecado es esclavo del pecado, ni puede ya ser redimido sino por la misericordia omnipotente de Dios. La economía de nuestra santificación, esto es de la Encarnación

aplicada a nosotros: Él se quiso someter a María, para enseñarnos cómo volvernos a Él. Gracias, Señor, por este camino tan seguro y tan suave.

#### SATISFACCIÓN:

*Mas, ¡ay! Ingrato e infiel como soy,  
no he cumplido contigo los votos y promesas  
que tan solemnemente te hice en el bautismo;  
no he cumplido mis obligaciones  
ni merezco llamarme hijo ni esclavo tuyo.  
Y no habiendo en mi nada  
que no merezca tu cólera y rechazo,  
no me atrevo a acercarme por mí mismo  
a tu santísima y augusta Majestad.*

La satisfacción, pues, se presenta aquí en la forma, tan adecuada y grata a nuestro Señor, de una humilde confesión de nuestras propias faltas. El pecado roba la gloria de Dios. La reparación más perfecta es la que lleva a humillarse y avergonzarse, para restituir al Señor la gloria usurpada. Esta confesión es universal. Abarca los deberes comunes de todo cristiano –los votos o promesas del Bautismo, en el que renunciamos a Satanás y nos proponemos servir al Señor, y los deberes particulares de cada estado de vida: “no he cumplido mis obligaciones”. Pero, no basta confesar humildemente las propias culpas. También es necesario aceptar amorosamente la penitencia. Encorvarse ante las consecuencias dolorosas para nosotros, de nuestro pecado y miserias: “ni merezco llamarme hijo ni esclavo tuyo”. ¡Qué dolor para nuestro corazón que ama a Dios sobre todas las cosas, no poder ya más ser llamado hijo de Dios! Ni siquiera su siervo, puesto que si siendo fieles apenas nos podemos llamar “siervos inútiles”, evidentemente que cuando le somos infieles, ni siquiera podemos ser sus esclavos. En realidad, como se medita en la primera semana de preparación, el pecado nos dañó y corrompió enteramente, de suerte que nuestra porción es apenas “el orgullo y la ceguera de espíritu, endurecimiento en el corazón, flaqueza e inconstancia en el alma, la concupiscencia, las pasiones desordenadas y

las enfermedades en nuestro cuerpo. Y entonces, surge naturalmente nuestra última actitud ante Dios, la de una oración humilde y ferviente, para obtener contrición, perdón y enmienda. Pero no por nosotros mismos, tan indignos. Sino por medio de María:

#### SÚPLICA

Con estas palabras:

*Por ello, acudo a la intercesión y misericordia  
de tu santísima Madre.  
Tú me la has dado como Mediadora ante ti.  
Yo espero alcanzar de ti, por mediación suya,  
la contrición y el perdón de mis pecados  
y la adquisición y conservación de la Sabiduría.*

La súplica, por consiguiente, todo lo puede. Por María, la medianera universal, conforme a la voluntad del mismo Dios. Pedimos la liberación, primero de nuestras miserias, la contrición y el perdón. Porque sin contrición, no seremos perdonados. Y Dios es quien nos da la contrición. Admiremos la condensación maravillosa de tanta verdad dogmática en estas palabras aparentemente tan sencillas. Pedimos, también, positivamente, la adquisición y conservación de la Sabiduría. Adquirir un bien exterior precisos. Tal es Jesús nuestro bien y nuestro tesoro, el fruto de María. Que Ella nos lo dé, que Ella nunca lo retire de nuestro corazón, y tenemos todo. Y ahora, como prenda de nuestro ardiente deseo de la Sabiduría, pronunciamos nuestra **CONSAGRACIÓN**, que va a ser hecha a Jesús por María. Por eso, saludamos a nuestra Madre a quien contemplamos coronada con una **triple corona**:

Primero, de **grandeza** inefable:

*Te saludo, pues, ¡oh María inmaculada!,  
tabernáculo viviente de la divinidad,  
en donde la Sabiduría eterna, escondida,  
quiere ser adorada por ángeles y hombres.*

Aquí está toda la grandeza de María: Ella es la Madre de Dios, o Tabernáculo viviente de la divinidad, y por esa honra inmensa que la sitúa en la maravilla del orden hipostático, se desprende su nombre propio –Inmaculada.

Segundo, Ella está coronada de **poder**:

*Te saludo, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!  
A tu imperio está sometido  
cuanto hay debajo de Dios.*

La grandeza de María le trae esta otra corona: es la Reina del cielo y de la tierra, y todo le obedece, porque el mismo Dios quiso sujetarse a esta Virgen humilde, tan exaltada por su Hijo Dios, “Hizo cosas grandes en mí, todas las generaciones me llamarán bienaventurada...”

Aún más, la doble corona de Grandeza y de Poder, no excluye la tercera, la más suave, la mejor para nosotros, la corona de **bondad**:

*Te saludo, ¡oh Refugio seguro de los  
pecadores!:  
todos experimentan tu gran misericordia.*

Con qué inmensa confianza, no obstante nuestra pequeñez y extrema indigencia, nos acercamos a Ella, para hacerle la petición de la Sabiduría, la posesión de su Divino Jesús, la finalidad de nuestra Consagración:

*Atiende mis deseos de alcanzar  
la divina Sabiduría,  
y recibe para ello los votos y ofrendas  
que en mi bajeza te vengo a presentar.*

El saludo a nuestra Señora, con dulce consecuencia nos condujo al Acto de la Consagración que ahora pronunciamos. Recordamos que somos de Jesús, por la manos de María:

*Yo, N. N., pecador infiel,  
renuevo y ratifico hoy en tus manos  
los votos de mi bautismo;  
renuncio para siempre a Satanás,  
a sus pompas y a sus obras  
y me consagro totalmente a Jesucristo,  
la Sabiduría encarnada,  
para llevar mi cruz en su seguimiento*

*todos los días de mi vida  
y a fin de serle más fiel  
de lo que he sido hasta ahora.*

Llegamos al punto culminante. Parece que juntamos todavía con más fervor nuestras manos, como que intensificamos con amor más vivo y confiado nuestra miradas fijas en los ojos de nuestra Madre, para darnos a Ella totalmente, absolutamente, ilimitadamente, para perdernos con total abandono en su regazo cariñoso, a fin de que vivamos en Ella, a fin de que vivamos de Ella, en el tiempo y en la eternidad:

*Te escojo hoy,  
en presencia de toda la corte celestial  
por mi Madre y Señora.  
Te entrego y consagro,  
en calidad de esclavo,  
mi cuerpo y mi alma,  
mis bienes interiores y exteriores  
y hasta el valor de mis buenas acciones  
pasadas, presentes y futuras.  
Dispón de mí y de cuanto me pertenece,  
sin excepción, según tu voluntad,  
para mayor gloria de Dios  
en el tiempo y la eternidad.*

Es ciertamente una consagración total. Todo lo que tenemos y somos. Todo lo que tiene origen en nosotros, en nuestras actividades interiores: inteligencia, voluntad, corazón. Nuestra vida de relación con la naturaleza material, con el prójimo, con Dios. El propio íntimo y profundo sentido de propiedad de nuestra mayor riqueza, la gracia divina. –todo, todo lo depositamos gustosamente, irremisiblemente, sin ninguna excepción y sin ningún deseo de retribución, ni en la tierra de exilio ni en la patria celestial, para que Nuestra Señora disponga de todo con absoluta soberanía.

La ofrenda está hecha. Que nuestra Señora se digne aceptarla. Es la súplica final. Ahora, hacemos la ofrenda y procuramos enriquecerla con un **triple sentido**, –honrar la sumisión del Verbo a María, rendir homenaje al poder de Jesús y de María sobre

nosotros, agradecer a la Santísima Trinidad los inefables privilegios de nuestra Reina: son delicadísimas expresiones de Montfort:

*Recibe, ¡oh Virgen benignísima!,  
esta humilde ofrenda de mi esclavitud,  
en honor y unión de la sumisión  
que la Sabiduría eterna  
ha querido tener para con tu maternidad;  
en honor del poder que ambos tenéis  
sobre este gusanillo y miserable pecador  
y en acción de gracias  
por los privilegios  
con los que la Santísima Trinidad  
ha querido favorecerte.*

Nuestra Señora acepta nuestra consagración. Pero, casi está esperando una **promesa de fidelidad**, que nuestras expresiones no sean simples palabras bonitas, sino que se traduzcan en actos de sumisión:

*Declaro que de hoy en adelante  
quiero, como verdadero esclavo tuyo,  
buscar tu gloria y obedecerte en todo.*

Y cuando nos parece que hemos dicho todo, nos recuerda también que nos dirijamos a María, ya desde ahora nuestra Reina y Señora, para hacerle **3 últimas peticiones** insistentes:

La *primera*, que seamos aceptados por Jesús:

*¡Oh Madre admirable!  
Preséntame a tu querido Hijo,  
en calidad de eterno esclavo,  
a fin de que, habiéndome rescatado  
por tu mediación,  
me reciba ahora de tu mano.*

La *segunda*, que nos obtenga la Divina Sabiduría, gracias a la íntima unión con la Reina celestial:

*¡Oh Madre de misericordia!  
Alcánzame la verdadera Sabiduría de Dios,  
colocándome para ello entre aquellos*

*a quienes amas, enseñas, diriges,  
nutres y proteges  
como a tus verdaderos hijos y esclavos.*

Cómo brota de lo profundo de nuestro corazón esta súplica, de estar entre aquellos íntimos y predilectos hijos de María, especialmente amados, singularmente enseñados, amorosamente conducidos, protegidos tutelarmente y, sobre todo, alimentados y protegidos en su regazo como al Niño Jesús, “primogénito entre muchos hermanos”... Oh! ¡No queremos volver atrás! Queremos habitar para siempre en esta casa de Nuestra Madre, para alcanzar aquí nuestra plenitud espiritual de gracia y de gloria.

La *tercera* petición final de una inmutable perseverancia, para que lleguemos a vivir la plenitud de la alianza bautismal como perfectos discípulos de la Sabiduría Encarnada, Jesucristo, meta y culmen de esta consagración:

*¡Oh Virgen fiel!  
Haz que yo sea en todo  
tan perfecto discípulo, imitador y esclavo  
de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, tu Hijo,  
que logre llegar, por tu intercesión  
y a ejemplo tuyo,  
a la plenitud de su edad sobre la tierra  
y de su gloria en el cielo.*

Amén.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Traducción del portugués: *Consagração a nossa Senhora*, 9ª edição, Brasil, 2003, D. ANTONIO MARIA ALVES DE SIQUEIRA, pp. 233-238.